

Así comenzó formalmente la congregación salesiana

El 8 de diciembre de 1859 se celebró solemnemente en el Oratorio la fiesta de la Inmaculada Concepción, y aquella noche anunció Don Bosco en público que al día siguiente, viernes, tendría una conferencia especial en su habitación después de que los muchachos se fueran a descansar. Los que debían asistir a ella entendieron la invitación. Los sacerdotes, clérigos y seglares, que cooperaban con Don Bosco en sus trabajos en el Oratorio y estaban al tanto de los secretos del Padre, presentían que aquella reunión iba a ser importante.

Así pues, el 9 de diciembre se reunieron. Después de invocar con las oraciones de costumbre las luces del Espíritu Santo y la asistencia de María Santísima, recordó Don Bosco brevemente lo expuesto en las conferencias anteriores y a continuación describió qué era una congregación religiosa, su belleza, el honor inmortal de quien se consagra enteramente a Dios, la facilidad de salvar la propia alma, el inestimable cúmulo de méritos que se pueden alcanzar con la obediencia, la gloria imperecedera y la doble corona, reservada al religioso en el paraíso.

Después, visiblemente conmovido, anunció que había llegado la hora de dar forma a la Congregación, que desde mucho tiempo atrás meditaba instituir y había sido el objeto principal de todos sus afanes; Pío IX le había animado y alabado; que ya existía con la observancia de los reglamentos tradicionales, aun cuando no habían sido declarados todavía obligatorios en conciencia; y que a ella pertenecían ya la mayoría de ellos, al menos en espíritu, y algunos por promesa o voto temporal. Añadió que en aquella Congregación sólo serían



inscritos los que, después de madura reflexión, tuviesen intención de emitir a su tiempo los votos de castidad, pobreza y obediencia.

Concluyó diciendo que había llegado el momento para todos los que asistían a sus conferencias de declarar si querían o no inscribirse en la Pía Sociedad, que tomaría, o mejor conservaría, el nombre de San Francisco de Sales. Rogaba a los que no tuvieran intención de pertenecer a ella que ya no acudieran a las conferencias que se tendrían en adelante. El hecho de no presentarse sería, sin más, la señal de su no adhesión. Daba a todos una semana de tiempo para reflexionar y tratar con Dios tan importante asunto.

Cuando Don Bosco terminó, se rezó la oración de acción de gracias y se

disolvió la asamblea en profundo silencio. Así que salieron de la habitación, al llegar al patio, más de uno dijo en voz baja: -¡Don Bosco nos quiere hacer frailes a todos!

El clérigo Juan Cagliero estaba indeciso en si debía o no tomar parte en la nueva Congregación. Paseó una larga hora bajo los pórticos, agitado por varios pensamientos. Finalmente exclamó, dirigiéndose a un amigo: -Fraile o no, es lo mismo. ¡Estoy decidido, como siempre lo estuve, a no separarme nunca de Don Bosco!

Memorias Biográficas VI
pag 256 - 257